
fue publicado en inglés y retomado en *Mélangeq historiques*, t.1, 1968, p. 246.

11 *Ibid.*, p. 246.

12 Maurice Agulhon, *ib id.*

Bibliografía de Emmanuel Le Roy Ladurie

Histoire du Languedoc (Historia del Languedoc), París, Presses Universitai-

res de France, 1962. *Les paysans de Languedoc* (Los campesinos de Languedoc), París, SEVPEN, 1966, 2 vol. Reedición abreviada: París, Flammarion.

Histoire du climat depuis l'an mil (Historia del clima desde el año mil), París, Flammarion, 1967,

Le territoire de l'historien (El territorio del historiador), París, Gallimard, 1973.

Montaillou, uillage occitan, de 1294 a 1324 (Montaillou pueblo occitano de 1294 a 1324), París, Gallimard, 1975. *Le territoire de l'historien II*, París, Gallimard, 1978.

Le carnaval de Romans. De la Chandeleur au mercredi de cendres. 1579-1580 (El carnaval de Romans. De la Chandeleur al miércoles de cenizas), París, Gallimard, 1979.

Los que cavan y cómo se acaban

Cuauhtémoc Velasco

Pedro Castera, *Las minas y los mineros*, en *La novela realista*, México I Promexa, 1985, pp. 5-75. (Gran Colección de la Literatura Mexicana).

[Noventa y ocho años después de su última impresión apareció en la antología de *La novela realista* este conjunto de narraciones mineras. Pedro Castera (1838-1906) (Es un autor mexicano muy poco conocido. Su fama la debe a *Carm-en*, una de las novelas románticas más leídas en tiempos de don Porfirio. Cultivó, sin embargo, la poesía y el periodismo.

Más allá de la importancia que tiene rescatar obras y autores olvidados, esta obra y este autor ofrecen particularidades interesantes. Los datos biográficos de Castera son muy escasos. Se sabe que nació en 1838, presumiblemente en la ciudad de México. No existen datos sobre su niñez y juventud, ni tampoco sobre los estudios que realizó. A los veintitrés años buscaba minas en el estado de Guerrero, según confiesa en uno de sus cuentos, y en algún momento de su vida fue pegador en el tiro de Providencia en San An-

tón de las Minas. En 1867 era soldado del ejército republicano: luchó en Querétaro contra el Segundo Imperio y obtuvo el grado de comandante. Ya para 1872 se dedicaba al periodismo en *E/-Domingo*, momento a partir del cual parece ser definitiva su dedicación a las letras.

Como colaborador en periódicos, de acuerdo al recuento que hace Donald Gray Shambling (*Pedro Castera. Romántico realista*, tesis de maestría, UNAM, 1957), Castera escribió principalmente poesía, narraciones y algunos artículos científicos y políticos. En enero de 1882 asumió la dirección de *La República*, cuando Ignacio Manuel Altamirano le dejó el puesto. Este año fue el más prolífico de toda su vida, pues además de las colaboraciones firmadas y sin firmar que aparecieron en el periódico, consiguió dar a la prensa varios textos.

Antes de ese año sólo había conseguido una primera edición de sus poemas bajo el título de *Ensueños* (1875) y de algunos *Cuentos mineros* (1881). En 1882 salieron a la luz *Carmen*, *Las minas y los mineros*, *Los maduros*, *Ensueños y armonías*, *Impresio-*

nes y recuerdos y *Dramas de un corazón*. Después de ese año publicó únicamente la novela *Quereus*, en 1890.

También durante el año de 1882 se desempeñaba como diputado federal. Es evidente que para los cargos que alcanzó contaba con el apoyo y dirección de Altamirano, quien tenía muchas esperanzas en el futuro político y literario de Castera. Al parecer vencido por la presión a que lo sometía su actividad política y periodística, Castera fue a parar al manicomio en julio de 1882. Las razones de su locura no son claras para nadie. Se dice que siendo Director de *La República*, el presidente Manuel González le solicitó una campaña periodística en relación con la famosa revuelta del níquel. Castera se negó. Se murmuraba que a raíz de ello fue víctima de "algún bebedizo". Lo cierto es que mientras permaneció en San Hipólito, conservó bajo la lengua una monedita de níquel que nadie pudo sacarle en cerca de un año de residencia en el manicomio.

Al recobrar la razón volvió al periodismo, colaborando eventualmente en *El Universal* y en

La República. Sin embargo, se dice que vivió principalmente, aunque con limitaciones, de lo que le producía *Carmen*, gracias a una nutrida edición hecha en París. Siempre soltero, se volvió cada vez más hosco, escéptico y desconfiado, al grado que iba a la librería de Bouret a firmar uno por uno los ejemplares de su novela, para evitar extravíos en sus regalías. Murió en 1906, pobre, solo y olvidado.

Castera es una figura literariamente indefinida. En *Carmen* y sus obras poéticas aparece como un romántico declarado, con un matiz de misticismo. En sus relatos mineros es fundamentalmente realista, costumbrista, con una extraña tendencia hacia lo terrorífico y macabro. En *Dramas de un Corazón* junta todo. : Por su crónica minera Castera encaja dentro de la casta de escritores de esencia liberal que desde mediados del siglo XIX se esfuerzan en crear los tipos nacionales, a través de la difusión de cuadros costumbristas que apuntalen la nueva nacionalidad. Según Altamirano, Castera "nos inicia en todos los misterios de la vida minera en México, ilumina para nosotros los abismos de la tierra en que se ocultan los más ricos metales, y los abismos de la conciencia popular en que se esconden los más nobles sentimientos, nos familiariza con trabajos desconocidos para la generalidad, y bosqueja en nuestra literatura una parte de la fisonomía patria".

Desgraciadamente, para Castera y sus historias mineras, el ambiente literario del porfiriato tendía mucho más hacia la concordia y al afrancesamiento, que hacia la descripción de las desventuras de los pobres, que había estado en

boga años atrás. Por ello no es de extrañar el éxito que alcanzó la novela sentimental *Carmen*, que se desarrolla de manera restringida alrededor de una casa rica. En cambio las narraciones mineras tienen el acento puesto en "los peligros, los dolores, los atroces sufrimientos" de quienes arrancan los metales a la roca, y casi en todos los casos desembocan en sangrienta y terrorífica tragedia.

La virtud principal de los relatos mineros de Castera (reunidos en *Las minas y los mineros*, *Los maduros* y *Dramas de un corazón*) es que dan cuenta de manera directa de la vida cotidiana en los centros mineros de su época, gracias a que personalmente vivió la experiencia de trabajar en las minas. Ningún otro autor de la época logró describir como él los paisajes y la situación social que privaba en estos centros y las condiciones en que trabajaban los operarios. Se afanó en caracterizar a los protagonistas principales del trabajo en minas, y es indudable que en ello rescató parte de las leyendas y tradiciones locales. Así, nos dibuja con claridad la vivienda minera; pone como personajes principales a la pepenadora, el rayador, los barretros y un niño morrogo; presenta con crudo realismo la obscuridad, humedad, las ratas e incendios en las minas; nos habla de las enfermedades y accidentes a que estaban sujetos los trabajadores; en fin, describe las haciendas de beneficio en su aspecto físico y humano.

Con todo, la pasión tiene siempre el papel protagónico. El amor ardiente, la amistad, la solidaridad, o simplemente el deseo carnal, son los hilos conductores del texto. Conserva siempre la tendencia, como otros autores de su

época, a entremeter lecciones morales y reflexiones filosóficas y místicas.

Sería interesante poder rastrear el origen del muy particular rasgo de terminar los relatos en macabra tragedia. Es posible que en ello haya influido la creciente importancia del género de terror en ciertos autores europeos y norteamericanos (Poe, De Quincey). Por el aspecto moralizante de varios relatos podría asociarse también a las descripciones de los condenados del infierno de Dante {que ha sido una metáfora tradicional respecto al trabajo en las minas}. Sin embargo, en los relatos de Castera la descripción terrorífica no se asocia a lo sobrenatural y tampoco cumple un papel de suspenso y atracción del lector. Por otro lado, a pesar de su carácter moralizante, el sufrimiento no aparece como castigo a los perversos. Es el punto de llegada, la resolución de la tragedia que alcanza un nivel sangriento y desemboca en una morbosa o pavorosa descripción de la suerte de los protagonistas. Muchas de estas escenas "asquerosas" —expresión de Gray Shambling—, serían perfectamente prescindibles sin que el relato perdiera nada de su contenido social y dramático, lo que evidencia el gusto particular que sentía el autor por escribirlas y por torturar a sus propios personajes. Es posible que la tradición misma de los centros mineros en que vivió Castera haya influido para este resultado, ya que a ello se prestan demasiado las obscuridades y peligros de las minas. Y es posible también que sean manifestaciones de la amargura y soledad del autor, que poco tiempo después contribuyeron a llevarlo al manicomio.